

## **KENNEDY: SER O NO SER EN LA POLÍTICA NORTEAMERICANA**

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Fabián Estapé Rodríguez\*

Quizá, tras citar el título de esta alocución, pueda pensarse que hemos echamos mano a trabajos ya realizados para salir del paso en esta ocasión en la que se nos requiere exponer un tema ante los miembros de esta Real Academia. Quiero, no obstante, dejar claro, antes de pasar a realizar mi exposición que, en este caso, bajo un título similar al artículo publicado el año pasado en la revista *Anales*, se presentan, sin embargo, nuevos aspectos sobre los avatares de la saga de los Kennedy.

Pues bien, cuando ya creía que con la muerte del congresista Edward Moore, Ted o Teddy Kennedy, había quedado extinta la participación en los tejemanajes políticos de América de los miembros de esta progenie, cerrándose con ello toda una era, revisando mi hemeroteca, releí un artículo fechado el 3 de Enero de 2009 que me hizo cuestionar si el “semillero” estaba o no, realmente agotado: la hija de JFK, la hermana de John F. Kennedy Jr. (muerto en trágico accidente de aviación y con el que dicen se fue la última esperanza de ver a un católico en la presidencia nuevamente), quería entrar en el “negocio familiar”, la política.

Caroline Bouvier Kennedy Schlossberg había decidido que ya era hora de tomar las riendas y mantener la brecha abierta por su abuelo Joseph en la esfera política norteamericana. Con más de 50 años, y tres hijos a sus espaldas, la única legataria de la familia Kennedy-Bouvier, quería ser senadora por Nueva York, ocupando el sitio que Hillary Clinton dejó vacante al ser nombrada secretaria de Estado del gobierno de Barack Obama. De haber sido así, Caroline hubiese ocupado el escaño que años atrás conquistasen tanto su padre (antes de ser elegido Presidente en 1960) como su tío Bob (asesinado en 1968). Poco duró la carrera de este alevín de “político Kennedy”, pues unos días más tarde de su anuncio, el 22 de Enero de 2009, después de varios informes en los que era severamente criticada, Caroline tuvo

que salir de nuevo a la palestra para emitir un comunicado en el que difundía la retirada de la lucha por el puesto en el Senado, eso sí, aduciendo motivos estrictamente personales.

Pero, como la sangre tira mucho, parece que no cejó en el empeño y en Abril de 2009 se la mencionaba en una propuesta informal como candidata para desempeñar el cargo de embajadora de los Estados Unidos de América en el Vaticano. De forma “extraoficial”, se supo que fue vetada por el Estado Vaticano, seguramente, por sus puntos de vista sobre el aborto *“pro-choice”*, los matrimonios homosexuales o la investigación con células madre, contrarios tanto a los de la Santa Sede como a los de los católicos estadounidenses más tradicionales (parece ser que la amistad personal del abuelo con el “Cardenal Pacelli” (Pío XII), con el Cardenal Gibbons,... y las frecuentes visitas del Cardenal Cushing por el solar de los Kennedy ha tenido una influencia más bien nula en Caroline... y en alguno más de los miembros de esta familia). Y es que, hoy por hoy, resulta bastante difícil ser católico y demócrata a la vez, pues desde que el viejo Joe Kennedy comenzase a ambicionar la “Casa Blanca”, el partido ha cambiado sustancialmente, sosteniendo valores que se consideran “más modernos y acordes a la sociedad americana actual”, pero que, sin embargo, chocan de plano con el credo de la influyente y eficaz minoría católica que integra sus filas.

Hasta aquí, todo podría resultar más o menos normal en una sociedad tan arbitraria como la americana (si dejamos de lado que los Kennedy fueron “hijos predilectos de la iglesia”, claro); sin embargo, lo que nos llama más poderosamente la atención es que, esta sobreviviente a lo que se ha dado en llamar la “maldición de los Kennedy”, que durante toda su vida procuró ser más bien discreta (cosa casi imposible si tenemos en cuenta su ascendencia genética, los convulsos acontecimientos que la han rodeado desde su infancia y que, a falta de realeza, los Estados Unidos han tenido a los Kennedy para llenar las páginas de la prensa amarilla), que ha ejercido a la perfección de “dama de la alta sociedad” neoyorkina (casada con el diseñador Edwin Schlossberg, ha vivido la mayor parte de su vida en la mejor zona de Manhattan, sus hijos asisten a una de las escuelas más exclusivas, se ha codeado toda su vida con la crema y nata de la política, tiene un asiento honorario en el American Ballet Theatre, etc., etc.), por motivos, a nuestro juicio, insustanciales (aduce que sus hijos ya son mayores y puede dedicarse a otros menesteres), decidiera ejercer como Demócrata en la arena política estadounidense y no dedicarse a la filantropía como correspondería a su estatus.

Y es que esta mujer “ecléctica” que se escuda en que nunca había dicho que sí, pero tampoco que no a la política, a pesar de los varapalos que le han dado con solo asomarse al escenario, parece no haber cedido en el empeño ancestral de que un Kennedy ocupe la Casa Blanca; sobre todo ahora que, una vez abiertas las puertas para acoger al primer Presidente de color parece más factible que también se abran para una mujer y de nuevo para un católico.

Ciertamente, no debe resultar fácil para quien lleve los genes de Joseph Patrick Kennedy reprimir la ambición de poder, heredera de un clan que ha marcado la historia, la política y las vidas de los estadounidenses durante más de medio siglo, y que en palabras del historiador James Sterling Young, al contrario que la mayoría de la gente, que primero crecen y después entran en política “los Kennedy primero entran en política y luego crecen.”

El asunto resulta espinoso también al ser de una de las mujeres de una dinastía tradicionalmente poco inclinada a la presencia en la vida pública de las féminas (a no ser que fuera en favor de la carrera política de los varones de la casa, momento en el que se convertían en firmes apoyo y abanderadas en las campañas electorales); difícil por tratarse de alguien que comparte su vida con el polo opuesto de un político, con un artista, escritor, poeta y filósofo, ... (parece ser que a Jackie le gustó desde un primer momento que su hija Caroline hubiera elegido a un intelectual como esposo... alguien, en principio, tan alejado de un financiero o un político como los que se cruzaron en su camino; pues, aunque fuese judío y a la abuela Rose no le pareciese demasiado bien la boda, sin embargo, al hijo del propietario de una importante industria textil, le adornaba la cualidad de tener una buena cuenta corriente, algo muy valorado por esta familia).

Tampoco puede ser fácil pasar de largo ante la responsabilidad que supone el buen sabor de boca que, en general, ha dejado la carrera del último político del clan; quien en palabras de Obama fue “el mejor senador de nuestra era”, ... “el guardián de la familia y para América fue el defensor de un sueño”, “un luchador por los más humildes de la sociedad”, que, en sus 46 años en la Cámara Alta, llegó a ver convertidas en ley cerca de 600 iniciativas: derechos civiles, laborales y electorales; sanidad, educación, acceso a la vivienda... Todo lo abarcó Ted Kennedy, uno de los “demócratas más progresistas”, azote de los republicanos como Bush y, a la vez, hábil estratega en la formalización de alianzas con ellos para sacar adelante algún tema de los que defendió; un Kennedy cuyo legado político ya es considerado más relevante que el de sus rutilantes hermanos John Fitzgerald y Robert Kennedy.

De todos modos, toda vida tiene luces y sombras y la oscuridad de Teddy Kennedy no es necesario explicarla porque es conocida por todos: se llamaba *Chappaquiddick*. Nunca pudo quitarse de encima las sospechas, los interrogantes sin respuesta que rodearon a una noche de verano en su juventud, y, en buena medida, eso frustró su único intento de llegar a la Casa Blanca, en 1980 cuando perdió las primarias frente a Jimmy Carter. Aunque, para no defraudar a los de su sangre, el “león liberal”, no abandonó su carrera pues como dijo: “Perseguir la presidencia no es mi vida; el servicio público lo es.”

Así pues, para los Kennedy (bien por consanguinidad, bien por alianza matrimonial), de tercera, de cuarta y sucesiva generación que pretendan hacer de la

política su forma de vida,.... el listón está muy alto; sobre todo si se tiene en cuenta que, para estos futuros abanderados demócratas apoyados por la prominente comunidad católica, “la mujer del César no sólo tiene que ser decente, sino también parecerlo”. Y es que, otros Kennedy de “última generación” que han hincado o intentado hincar el diente en la golosa manzana del poder siguen dando, como parece ser también tradición familiar, una en el clavo y ciento en la herradura en ciertos asuntos, lo que, por otro lado, a falta de una brillante carrera política, sí les permite permanecer en el candelero de la sociedad americana.

Escudriñando nuevamente las notas de prensa que archivo sobre esta familia, han aparecido nuevos nombres: Patrick Kennedy, el hijo de Ted Kennedy, que ha llegado a ser representante por Rhode Island, pero que, según los analistas americanos, nunca ha estado a la altura de su padre, por lo que no vemos que pueda reemplazar al fallecido último patriarca. Kathleen Kennedy Townsend, Robert Kennedy Jr. (ambos hijos de Bobby) o la ya mencionada Caroline Bouvier-Kennedy. Sin embargo, ninguno está actualmente al nivel que marcó la triada John, Robert y Edward (y ello a pesar de todas las “neblinas” que rodearon sus casi épicas carreras).

Lo mismo sucede con los Kennedy por vía marital. Los noticiarios de los últimos meses nos han refrescado la memoria sobre el hecho de que el actor Arnold Schwarzenegger, un “Kennedy-consorte”, llegó a ser el gobernador número 38 de California, osando ir en contra de la tradición, ¡por el partido republicano!

El “gobernador *Terminator*”, ha tenido una carrera política con más pena que gloria (en la cinematográfica no nos metemos), sobre todo por algunas de sus desafortunadas intervenciones y de otros “errores” inadmisibles para alguien que forma parte de los Kennedy, que son todo un símbolo americano en ciertas cuestiones (aunque se debe reconocer que su ética católica es netamente farisaica). Sin embargo, ha saltado a las páginas del papel couché porque, también contraviniendo los dictados de la saga, se ha divorciado (cosa que jamás hubiera admitido el patriarca pues hubiera recurrido a su viejo truco de pagar al actor el precio que hubiera sido necesario para que el matrimonio siguiera guardando las apariencias, como ya hizo en otras ocasiones que no es necesario recordar,...), eso sí, de mutuo acuerdo y tras “una etapa de meditación, discusión y rezo”, de su esposa, María Owings Shiver, una de las sobrinas de J.F.K, hija de Eunice Kennedy y del político Robert Sargent Shriver, la llave de muchas de las puertas que se le franquearon para llegar a gobernador. Esto unido al escándalo de “supuestas” infidelidades, un pasado oscuro relacionado con el nazismo (esto no sería un pecado tan grave, al menos para el viejo Joe...), ciertas incursiones juveniles en el cine porno, etc., etc. no le han permitido, precisamente, salir a hombros, truncando una posible escalada en su galopada política y en su liderato en la familia.

Podría resultar incongruente que los Kennedy asistan asiduamente a misa, se les vea en compañía de prelados y clérigos, presidan obras de caridad y beneficencia católicas,... y, sin embargo, defiendan principios netamente contrarios a los de la fe de Roma. Quizás la respuesta esté en que los miembros de este clan han optado (ya desde sus orígenes, no es algo nuevo, no) por ser “católicos a la carta” y han seleccionado aquello en lo quieren creer y rechazado aquello que no les conviene de acuerdo a sus intereses; generalmente, se han desembarazado del corsé que ciñe la moral que les exigiría algo tan difícil para ellos como es mantener una coherencia de fe y vida (Incluso Ted Kennedy que escribió poco antes de morir una carta a Benedicto XVI, en la que afirmaba: “Siempre traté de ser un católico fiel, Su Santidad, y aunque mis debilidades me hicieron fallar, nunca dejé de creer y respetar las enseñanzas fundamentales de mi fe” y que en la primera época de carrera fue un firme defensor de la vida desde el instante mismo de la concepción, terminó sus días apoyando, sin escrúpulos, la completa libertad de la mujer para controlar su fertilidad y decidir la continuación o la interrupción de su embarazo, lo cual implica el aborto libre).

De todos modos, aunque no seamos dichos analistas, somos conscientes de que, desde los primeros escarceos políticos de los Kennedy, el partido Demócrata muy participado por los católicos, ha variado bastante su doctrina, influenciado por ideologías colectivistas y de izquierda, y como fruto del llamado “progresismo”, que hizo mella en el catolicismo norteamericano desde mediados de los años 1970, época de grandes cambios y de importantes convulsiones, propicia a los activismos de toda clase. En la sociedad moderna admitida por el partido, la familia tradicional como fue la de los Kennedy, no es ya el paradigma sino un modelo más de los muchos que existen; así, la pareja homosexual, el padre o madre solteros son patrones igualmente apropiados para la educación de los hijos. Los demócratas abogan por la participación social igualitaria de todos los grupos étnicos y raciales y creen que todas las “injusticias” pueden ser corregidas por el estado mediante políticas de economía re-distributiva y acción afirmativa. Los demócratas están a favor del control gubernamental sobre la economía y creen en una estricta barrera de separación entre Iglesia y Estado, aunque no exista en Norteamérica una religión oficial. Finalmente, los demócratas son partidarios de una política exterior de corte diplomático, donde Estados Unidos pueda influenciar el ámbito internacional “más con miel (dólares de ayuda) que con hiel (intervención armada)”.

Llegados a este punto, tras la exposición previa, debemos reflexionar sobre si ya se ha dejado traslucir la falta de un Kennedy que llenase el vacío que dejó el senador de Illinois, último eslabón de la cadena como ya hemos dejado patente. Nos hemos preguntado por si surgirá al menos una figura católica con carisma que represente los intereses de este colectivo. Et, voila!, hemos encontrado dentro de las filas del propio partido Demócrata a Ray Flynn (ex alcalde de Boston y ex embajador de Estados Unidos ante el Vaticano) que se ha convertido en presidente de “Your

*Catholic Voice*”, una organización que pretende concienciar a los católicos para que exijan respeto por los valores religiosos y para que se impliquen políticamente.

Flyn opina que durante años, los católicos pensaron que tenían poder en Estados Unidos, así que “se sentaron detrás y no hicieron nada”; incluso los líderes de la Iglesia cayeron en la trampa de la apatía política. Pero, cuando han empezado a ver que el clima político y moral estaba cambiando dramáticamente, ya era demasiado tarde para hacer algo. Flyn arguye también que la mayoría de sus líderes católicos no han tenido experiencia o no han comprendido cómo tratar a los medios de comunicación, que cada vez son más influyentes y poderosos, por lo que no han sabido cómo responder o qué hacer (algo que parecía innato en los Kennedy de primera generación)

Todo esto nos da pie para concluir que una buena parte de la sociedad estadounidense vería con muy buenos ojos el advenimiento de un Kennedy genuino a la política; no obstante, hay que ser realistas pues, en estos momentos, tanto la ejecutiva Demócrata como incluso parte del propio clan han tenido que admitir que el testigo de la causa católica habrá de ser cedido a alguien fuera de la familia. Por su parte, el partido Demócrata parece que ya ha encontrado un nuevo y hábil líder, Barack Obama, quien ha sido capaz de estimular e ilusionar a los jóvenes estadounidenses como lo hicieron JFK y Bobby en la década del sesenta y de luchar por los más débiles como hizo Ted. Sin embargo, también hay quienes consideran que no es posible pensar que un personaje al margen de los Kennedy pueda heredar su intrincado legado y la significación sociopolítica que han mantenido más de un decalustro. Así pues, sólo el tiempo, nos dará luz en este dilema.